

Madame PAUL

por Federico BOUTET

—Son las dos y media... caramba, ¡cómo pasa el tiempo! Tengo que continuar mi recorrida. Hasta la vista, madame Paul.

—Hasta la vista, señor Morin.

El cliente, un corredor de comercio que había entrado para tomar algo fresco, pagó su vaso de cerveza, volvió a subir a su coche, y se alejó. Madame Paul, una mujer de cuarenta a cuarenta y cinco años, de rostro fatigado bajo sus cabellos oscuros, donde se mezclaban algunos hilos de plata, lavó el vaso, lo puso en su lugar, y, atravesando la desierta sala de su posada, fué a pararse en la puerta. Hacía calor, y los primeros goterones de la lluvia comenzaban a caer sobre el camino polvoriento.

En ese momento, apareció un hombre que venía por el sendero que desembocaba frente a la posada y que se internaba luego en el bosque. Era alto; su traje gris, hecho jirones, apenas cubría sus carnes; llevaba en la cabeza un sombrero sucio, echado sobre el rostro flaco, como erizado por la barba gris e hirsuta.

Al verlo atravesar el camino, madame Paul entró a su posada. Dos minutos después el hombre entraba también.

—¿Qué desea? preguntó madame Paul.

—Quiero comer y beber.

Ella se estremeció. El hombre se sacó el sombrero, y entonces madame Paul pudo verle los ojos.

—Dios mío... ¿eres tú?

Y diciendo esto, se dejó caer en una silla. Parecía próxima a desvanecerse.

—Aquí no hay nadie más que tú, verdad? preguntó el hombre en voz baja.

—Nadie más que yo... ¡Dios mío!... ¡Eres tú! Por qué no me diste jamás noticias de tu persona? ¿Qué has hecho en los doce años que hace que te fuiste de aquí? ¿Por qué vuelves ahora?...

El hombre respondió simplemente:

—Esperé en el bosque hasta estar seguro de que aquí no había nadie. Pero, dame de comer, primero, y luego hablaremos.

La mujer corrió en busca de carne fría, pan y cerveza. El hombre devoró en silencio. Ella lo miraba; lágrimas que no podía contener corrían lentamente por sus mejillas. Cuando el hombre hubo terminado de comer, le sirvió una taza de café y una copita de coñac.

Sólo entonces el reclén llegado pareció encontrarse mejor.

—Qué bien hace todo esto!... Hace más de ocho días que ni como ni duermo a mi gusto. ¿Quieres darme otro vasito de vino?

—Estás en la miseria? preguntó la mujer.

El hombre abrió los brazos para que se vieran mejor los harapos que lo cubrían.

—No tienes más que mirarme, —dijo.—Pero todo lo tengo bien merecido. Ha sido por mi culpa. ¿Por qué me fui? ¿Por qué te abandoné? No creas que ahora lo lamento, ni que tampoco me remuerde la conciencia... Cuando pienso que tuve la suerte de encontrar en la vida, una mujer como tú, trabajadora, honrada, hermosa y todo lo demás, y que después de diez años de matrimonio en que marchábamos perfectamente de acuerdo...

Ella tuvo un movimiento de indignación.



—Diez años en que marchábamos perfectamente de acuerdo? Callat... ¿No sabes, acaso, que siempre me hiciste sufrir?

—Eran tonterías. Te ponías celosa por nada...

—Y nada fué también el marcharte así, sin decir una palabra; marcharte dejándome con tres criaturas...

—Aquello fué una locura. Una locura, no hay otra palabra con que explicar mi actitud. Pero bien castigado he sido por ella, y bastante he lamentado mi acción. ¡Me han sucedido tantas desgracias!

Se estremeció al decir esto. Se habían sentido pasos en el camino.

—Dime, prosiguió con aire inquieto, no me gustaría que me vieran aquí en este estado. ¿Quieres que vayamos a conversar a la salita?

Ella no respondió, pero echó a andar hacia un pequeño gabinete que daba al jardín. El hombre llevaba en la mano la botella de coñac.

—¿Cómo van los negocios?—preguntó.

—Puede decirse que más bien que mal. Cuando te fuiste, no sé cómo hice para sostenerme durante los primeros tiempos. Con tres criaturas, y sin dinero. Creí morir de pena. Ahora ya he reaccionado.

La mujer hablaba sin cólera. Bien es verdad que nunca sintió tampoco indignación contra aquel hombre a quien tanto había querido. Madame Paul miraba a su marido, y a pesar de la edad, a pesar de la miseria, a pesar del abandono, se veían siempre en él vestigios de lo que fué. ¿Qué vicios y qué faltas habían impresionado en su rostro tan profundas huellas? ¿Por qué tenía esa expresión de terror, de inquietud, cuando miraba hacia afuera?

—¿Qué has hecho?, preguntó de pronto madame Paul.

Él se estremeció y a su mujer le pareció que el rubor había subido a su rostro.

—Yo?... No he hecho nada... Vaya una pregunta: Cuando me fuí, cuando cometí esa locura...

—¡Callat!, interrumpió ella con violencia, te fuiste con la tenedora de libros del señor Delutze...

—Eso no es verdad... Fueron historias... Bueno, en una palabra, cuando cometí aquella locura traté de hacer fortuna, ¿comprendes?, para volver luego a pedirte perdón. Pero no tuve éxito. Conocí a malos sujetos, me gasté el poco dinero que me quedaba, y entonces no me atreví a volver. Pero ahora que estoy viejo, he querido volver a verte antes de morir.

Ella no respondió.

El hombre preguntó con voz débil:

—¿Dónde están los niños?

Cecilia se casó con Bernardo, el carretero. Emilio es cochero en su casa, pero vive aquí. Eugenia

es costurera; cose durante el día en el castillo... y el guardabosque la ha pedido en matrimonio. Se casarán este invierno.

—¿Pero cuántos años tiene?

—Pronto cumplirá los diez y ocho.

—Es verdad. Tenía cinco o seis cuando... Seguramente no la reconocería si la vieras, tampoco a los otros. Dime, ¿qué saben ellos de su padre? ¿Me creen muerto, verdad? Y mejor sería para todos, y sobre todo para ti...

—¿Qué piensas hacer? interrumpió madame Paul.

—No sé... No podría... Comprenderás que en estos momentos es mejor que no me vean. He tenido cuestiones... en París. Nada grave, aseguro. Un mal entendido... por unas alhajas. Tal vez sería mejor que yo me quedara aquí hasta que eso se resolviera...

Madame Paul se puso muy pálida.

—Escucha, dijo después de un momento de silencio, te quedarás siquieres. A pesar de todo lo que me has hecho, no te diré que te vayas. Pero están de por medio mis hijos. Tú sabes que aquí no te puedes esconder. Todo el mundo sabría dentro de un par de días, que estabas de vuelta. El guardabosque te conoce, y los gendarmes que estaban aquí cuando te fuiste, te conocen también. Te imaginarás que cuando sepan que has vuelto, todo se volverá comentarios... Se informarán, querrán saber. Entonces... Yo no te lo digo por mí, sino por los niños... Por Eugenia que está por casarse... Ellos no merecen tener penas ni sinsabores... Y si eso sucediera...

—¡Eso! ¿Quéquieres decir?

—Que te tomarán preso aquí, murmuró ella. No... no me digas nada. Tú eres el único juez. Yo no sé qué es lo que artiesgas, tú lo sabes...

Ella se acercó a un cajón, lo abrió, sacó algo de adentro y luego volvió al lado de él.

—Toma, dijo, aquí tienes dinero, todo lo que tengo... Decide pues lo que vas a hacer. Si te puedes quedar, si no hay peligro alguno, está bien. Estás en tu casa, y digan lo que digan, me tiene sin cuidado. Eres mi marido, has vuelto... Pero si no te puedes quedar, si hay peligro, entones... Entonces, es preciso que seas tú quien decida. Reflexiona, yo no sé nada...

Madame Paul trataba de hablar con tranquilidad, pero temblaba violentamente. El hombre estaba rígido, con el dinero apretado entre su mano.

Madame Paul lo dejó un momento y entró en la habitación contigua. Después de algunos momentos se oyó el ruido de pasos y el ruido de una puerta. A través de los vidrios, madame Paul vió que el hombre atravesaba el jardín y que se iba.

Pocos momentos después se in-

ternó en la sombra del camino que llevaba al bosque.

Cuando ya sus ojos no pudieron distinguir más su miserable silueta, madame Paul se enjugó los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca fué un mal hombre, murmuró.

Catálogo Harrods

Como de costumbre, el importante establecimiento comercial Harrods, acaba de dar a circulación su catálogo ilustrado correspondiente a las estaciones primavera y verano 1923-1924.

Impreso en rico papel y artísticamente presentado, el catálogo de referencia contiene un selecto conjunto de artículos de calidad que comprende desde la creación de rigurosos moda hasta lo más práctico para el hogar.

Este unido a la infinita variedad de modelos impresos en negro y en color, de prendas de vestir para ambos sexos, hacen del citado catálogo un elemento de guía y de consulta, acertadísimas, para las personas que siguen de cerca las originalidades y creaciones de la moda imperante en los grandes centros de la elegancia.

Los bacilos como arma de guerra

Los indígenas de las Nuevas Hébridas, acostumbran envenenar sus flechas de guerra con el virus del tétanos. Los viajeros que visitaban las Nuevas Hébridas habían ya observado que las heridas de flecha eran seguidas de muerte por tétanos, pero no sabían a qué pudiera ser esto debido. Hace algún tiempo, un médico de la marina francesa, el doctor Dantec, tuvo la curiosidad de analizar el veneno de una de estas flechas, y al punto hizo el terrible desenbrimiento.

Las flechas de las Nuevas Hébridas miden un metro, y están hechas mitad de caña, mitad de madera muy dura, con una puntita de hueso humano. Los salvajes practican una incisión en el tronco de ciertos árboles llamados *dot*, y de ella brota un jugo espeso y lechoso, que se seca a poco de estar en contacto con el aire. En este jugo empapan la punta de cada flecha; después enrollan sobre ella un hilo, formando espiral, y acabán sumergiéndola varias veces en el fango del fondo de unos agujeros que cierta especie de cangrejos hacen en los sitios pantanosos, que en aquella región son extraordinariamente malsanos.

Este fango abunda en bacilos del tétanos, los cuales resisten mucho tiempo a la acción del aire, y se comprende fácilmente que, introducidos en una herida, necesariamente han de desarrollarse y producir una muerte rápida.

Los indígenas tienen perfecta conciencia de los terribles efectos del fango de sus pantanos, y procuran no tocárselo con las manos, sino sólo con unos cuernos de corteza de coco.